

Localidad - Dos Acequias.

Escuela - Nacional N° 38

Nombre del maestro que la remite - Roberto Benabentes

Nombre de la persona que lo narró - Secundino Lopez

Edad de esta persona - 70 años

Si el maestro sabe que la conocen otras personas - Si

Canción

Letra cantalle entre los moradores de la caupera cuyano

Una tarde estando triste

Triste y sin hallar que hacer

Se me vino a la memoria

Te escribí un papel

Simpatías, puñaladas,

Dona Irene jaguarda del Olivar

Despasi tirarirarica y andá

30 Tirarirarí que el amor

Nos ha de ocultar

Que el amor nos ha de ocultar.

En blanco papel te escribo

Porque blanca fui mi suerte

Los reglones divididos

Porque de ti vivo ausente

3
Simpatias puñaladas
Donna tiene la guarda del Olivar
Despasi tirasirarica y andá
Firasirari que el amor
Nos ha de ocultar
Que el amor nos ha de ocultar.

Notese que las faltas de ortografía obedecen a la instrucción rudimentaria de aquella época.

Localidad - Dos Acequias.

Escuela - Nacional N° 38

Nombre del maestro que la remite - Roberto Penabazco

Nombre de la persona que lo narra - Julian Balmaceda

Edad de esta persona - 73 años

Si el maestro sabe que la conoce otras personas - Si

Reminiscencias

de Julian Balmaceda

Cierto es que en aquel entonces, allí por los años 1850 al 60 inclusive, no se conocían los fósforos todavía en mis pagos, y para hacer luz y lumbré había que recurrir al yesquero. Administré este, que, fuera ya de plata, de porcelana o de cola de quinquicho, - que era el uso generalizado, había que cargarlo.

Ma Estaquia, el Juan Pedáneo y Fray Lupertino eran quienes los ostentaban mas cargados de relumbroses y de cintillos.

Fray Lupertino se complacía en ofrecerles el suyo a sus parroquianos, para que sus cigarrillos quemaran, y Ma Estaquia en asestar golpe cetero de eslabón, y ver descender sobre la yesca centenas de chispas que la inflamaban.

Era de práctica entonces, allí en autano, enterrar el fuego todo las noches, para contar con que hacer hervir la papa al otro dia; y ¡ay! del que por olvido no lo cumplía; era

seguro el miserere.

Muy santa y buena era mi madre, con satisfacción lo declaro, pero ello no me salvó que también repetidas veces, en sol mayor, por tales olvidos me los entonara.

No todas las vecinas tenían yequero, digo, los varones de la casa, y por ende se veían obligadas a hacer madrugadas a la mucama, para que en la recudada pidiera un terroncito; pero con los respetos debidos, sin molestias ni impertinencias.

Ahora veamos en hogano; pero antes respiremos, lector, haciendo compañía de espera.

Hoy desde que el astro rey ilumina al espacio, hasta que se oculta en Occidente, tenemos que soportar ese eterno repiquetear en las puertas; ese irritante "tun tun" en demanda de ajuante dentro en la casa; y que vosotros, lectores, en más de una vez habéis tenido que soportar acompañado de esta interminable letanía:

Señora Paimunda..... Señora Paimunda..... mire oiga; dice tía Tomara que si esta noche no va a ir a la tertulia, a lo de Doña Macaria, que le preste las enaguas añejadas esas que tiene, y el corset nuevo, no el viejo, por que qui' diría la gente? y para lo que vuelva, que le mande también un poquito de aruicar y una cebadurita de yerba, por que si no le puede dar la fogueta.

Señora Paimunda, oiga, no se deentre, se me iba olvidando de lo mejor, de las carabaites con brillantes para la misa Tardella, que también quiere que se las preste, para

que algo le brille a la niña, ya que es tan media, me-
 dia la pobrecita, y por si se quiere quedar a dormir en casa
 el niño Olave, que le anda haciendo el afilo a la Judel-
 fite, que le presta tambien su copin bordado y dos sábana
 si es que estan limpias.

Y así, en hoguero, media humanidad vive de la otra me-
 dia.

Jáchal.